

GREGORIO PUEYO, EDITOR: ¿MECENAS...? DE LA BOHEMIA LITERARIA MADRILEÑA

Gregorio Pueyo, Editor: Patron...? of Madrid's Literary Bohemia

MIGUEL ÁNGEL BUIL PUEYO

Investigador independiente

miguelangelbuilp@gmail.com

ORCID: 0000-0002-8772-5463

Recibido: 22-9-2023

Aceptado: 4-9-2024

DOI: 10.51743/cilh.vi50.387

RESUMEN

En el ámbito del modernismo y en el mundo editorial de comienzos de siglo, se pretende en este artículo dar a conocer la importante labor desarrollada por el editor Gregorio Pueyo (1860-1913), al dar amparo a poetas y escritores noveles, muchos de ellos llegados desde provincias, dispuestos a conquistar Madrid e inmersos en el ambiente bohemio de la capital.

PALABRAS CLAVE: Librero y editor; Gregorio Pueyo; bohemia; modernismo; mecenazgo editorial.

ABSTRACT

In the field of modernism and in the publishing world of the beginning of the century, it is intended in this article to publicize the important work developed by the editor Gregorio Pueyo (1860-1913), to give shelter to poets and new writers, many of them arrived from provinces willing to conquer Madrid and immersed in the bohemian atmosphere of the capital.

KEY WORDS: Bookseller and Publisher; Gregorio Pueyo; Bohemia; Modernism; Patronage Editorial.

NO ES NUESTRA INTENCIÓN en este artículo analizar la genealogía de la edición literaria en la época que se ha dado en denominar *Edad de Plata* de las letras españolas, siendo, en este sentido, muy abundante la bibliografía a la que se puede recurrir.

La modernización definitiva que experimentó la edición literaria tuvo un importante auge en el primer tercio de siglo. Son numerosas las noticias recogidas en libros, periódicos y revistas de comienzos del siglo XX que hacen referencia a las difíciles relaciones entre autores y editores, por causa de la incompatibilidad de sus intereses. En este sentido, los primeros habrían sido víctimas propiciatorias de la codicia del industrial del libro, quien, ante un imposible control, podía hacer mayores tiradas de las convenidas, ocultar sus ventas reales, retrasar las liquidaciones, no hacer una adecuada propaganda que diera visibilidad a su catálogo, etc. Pérez de la Dehesa se preguntaba «hasta qué punto la alta calidad literaria que lograron los escritores del 98 estuvo acompañada de una mejor retribución de sus escritos o de un aumento de la tirada de sus obras» [Pérez de la Dehesa, 1969: 217].

El editor, tildado de avaro, arquetipo de la rapiña y de otros calificativos por el estilo, fue una constante, a pesar, no lo olvidemos, de que la decisión de publicar suponía una considerable inversión económica. En aquellos años, eran muy pocos los libros financiados por editores madrileños. La complejidad del negocio editorial se manifestaba en muchos aspectos: la carestía del papel, la falta de tratados protectores que evitaran las ediciones fraudulentas, clandestinas, exentas de toda clase de derechos, que suelen hacerse en otros países, la competencia con otras editoriales –el folleto de Gabriel Molina [Molina, 1924] enumera los librerías y editores de Madrid a lo largo de cincuenta años (1874-1924) e Hipólito Escolar, quien fuera director de la Biblioteca Nacional, impartiría en 1982 una conferencia, bajo el título *Editores madrileños a principios de siglo*, donde incidía en la transformación que sufrió la situación cultural a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX [Escolar, 1984]–, el intrusismo (venta

ambulante de libros), etc. En este contexto, Ángel Dotor y Municio señalaba que:

Nosotros conocemos editores mezquinos y editores generosos, espléndidos; escritores probos y escritores venales y cleptómanos. Entre estos últimos sabemos de algunos que obtuvieron anticipos de dinero a cuenta de originales, bien de obras suyas o de traducciones, los cuales no entregaron; de otros que hasta perdieron el original extranjero de la traducción, tras de no hacerla; de unos terceros que si hicieron las traducciones fue muy mal, intencionadamente, por querer salir del paso en poco tiempo. Algunos de estos escritores hicieron aún cosas mayores en lo que toca a la colaboración literaria en revistas madrileñas. Ha habido quien intentó cobrar dos veces un artículo publicado [Dotor, 1929: 30].

En un mercado cultural incipiente, el mecenazgo no podía ser sino limitado en ese Madrid de entresiglos. En lo que se refiere a la labor desarrollada por la prensa, ya el prestigioso crítico E. Gómez de Baquero señalaba que aquel era diferente al ejercido en el Siglo de Oro, –que conllevaba la adulación–, o al ejercido por los Gobiernos de la época constitucional, en la mayor parte del siglo XIX, que mermaba la independencia del escritor, alejándole de la disonancia:

El [mecenazgo] de los periódicos, por lo mismo que es un mecenismo [sic] interesado, que busca aptitudes para lograr el favor del público, favorece más la originalidad y está en mejores condiciones para estimular al mérito y distinguirle, al mismo tiempo que contribuye a mantener en la literatura aquellas condiciones de naturalidad, de popularismo y de emoción humana que suelen granjear la aprobación de los públicos. No es perfecto, pero es el mecenazgo más útil y menos peligroso [Gómez de Baquero, 1926: 6].

Las anteriores consideraciones nos conducirán a continuación al tema del mecenazgo ejercido por Gregorio Pueyo, en unos tiempos en los que editar un libro era empresa poco menos que heroica, ya que las tiradas irrisorias solo alcanzaban para, en todo caso, cubrir los gastos de edición, por lo que no era extraño que a los autores apenas les alcanzara

el parco beneficio, dándose de bruces con la cruda realidad, y ello siempre y cuando no hubieran enajenado previamente la propiedad de su obra –ante el vacío legal, el caso del poeta y dramaturgo José Zorrilla es paradigmático del trato injusto al que los editores se habían acostumbrado a someter a los escritores [Martínez Martín, 2009: 84-92]–.

Gregorio Pueyo nació en 1860 en Panticosa (Huesca). Era el benjamín de los ocho hijos que tuvieron Domingo Pueyo Guillén y María Lamenca Poma, sus padres. Tras prestar su servicio militar en Huesca, dados los pobres recursos que se le ofrecían en su población natal, vino a Madrid, llegando a dormir a su llegada en los bancos de los jardines. El poeta, dramaturgo y periodista aragonés Marcos Zapata lo vivió así: «Dárame un perro calor, y un banco del Prado, cama. ¡Y ahora, sienta usted la llama de la patria y del amor!». Del matrimonio con Antonia Giral Galino, en 1889 y en la madrileña iglesia de los Jerónimos, nacerían cinco hijos, de los que le sobrevivirían cuatro.

Antes de hacerse un nombre en el mundo editorial y librero, fue vendedor por los cafés de literatura de cordel y de revistas alegres y atrevidas, sicalípticas, por utilizar el adjetivo común en esos años. Fueron muchos los que se dedicaban a este oficio de vender literatura de *colportage* [Botrel, 1988: 12-22], atendiendo a la terminología francesa, que no era sino un producto barato, creado para su consumo por las masas. Tras varias mudanzas [Buil, 2010: 48-58], se instaló en la emblemática y céntrica dirección de Mesonero Romanos, 10, que le acompañaría hasta su fallecimiento, a causa de la tuberculosis, en Pozuelo de Alarcón (Madrid) en febrero de 1913.

LIBRERÍA DE GREGORIO PUEYO: MESONERO ROMANOS, 10.
MADRID

Gregorio Pueyo tenía abierto su comercio de librería, como ya se dijo, en la calle de Mesonero Romanos y, para su buena marcha, procuró

sacar el máximo rendimiento económico a su negocio. Compraba lotes de libros no vendidos de gente sin firma o restos de bibliotecas venidas a menos para luego, a otro precio, revenderlos, traduciendo los saldos en dinero. Con razón, alguien pudo decir, ironizando, que «las librerías de viejo vienen a ser con tantos restos una especie de cementerio de libros del este, del otro y el de más allá» [Anónimo, 1908]. Es por eso que, a su librería, tan bien descrita por Valle-Inclán, llegaron los primeros libros de Juan Ramón Jiménez, *Ninfeas* o *Almas de violeta*. Sabido es que, mientras pudo, Juan Ramón editó a su costa sus propios libros —es sobradamente conocida su meticulosidad en su acabado final y en el trabajo bien hecho—.

Fueron muchos los que acudieron a Pueyo para, entre tanto montón de papel, llevarse a escondidas algún libro que, a su vez, en un viaje imparable, sería de nuevo vendido en alguna de las librerías existentes en la calle del Horno de la Mata, tan cercana a la de Mesonero Romanos, donde tenía su zaquizamí, «cuna de la literatura moderna», en palabras de Alberto Insúa. A Antonio Machado se le atribuye el comentario que hizo al recibir, con dedicatoria incluida, *Sol de la tarde*, de Gregorio Martínez Sierra: «Sol de la tarde, café de la noche». Algunos se molestaban en quitarla, pero otros vendían el ejemplar sin reparar en ello. Hay muchos testimonios, en este sentido, conociéndose, a veces, por confesión propia, el nombre de los autores de esos robos: Eduardo Barriobero, Dorio de Gádex, Felipe Sassone, Pedro Barrantes, Julio [de] Hoyos, etc. Pero también Gregorio Pueyo ejercía labores de administrador de las obras de varios autores y de revistas y, en este último sentido, conocemos que Diego San José [San José, 1952: 274 y San José, 2018: 199-201] cobraba de Gregorio Pueyo los artículos publicados en la revista *Vida Galante*, que, en sus comienzos, tenía su sede en Barcelona. Gregorio Pueyo mantenía, por consiguiente, tratos y relaciones con innumerables corresponsales de provincias, labor de intermediación que ayudaría a su maltrecha economía, como servirían igualmente folletos varios que se podían adquirir en su libre-

ría, como el alusivo al cinturón eléctrico AELOB (*La Época*, Madrid, 29-4-1905), con patente de invención y que, a lo que parece, se comenzó a vender en 1904 en Madrid y Sevilla y que tendría funciones electroterápicas, o que Gregorio Pueyo era el único depositario de un gran invento contra el dolor de muelas que consistía, según se publicaba, en «unos aparatitos metálicos, electromagnéticos, en forma de guardapelo, que llevándolo en el cuello, evitan el dolor de muelas. Se garantiza de verdad. Duran siempre» [*El Liberal*, Madrid, 9-7-1905].

Emilio Carrère se refirió muchas veces en sus artículos periodísticos a Gregorio Pueyo, casi siempre de forma positiva. No estuvo conforme con él cuando le impuso que se incluyeran unas poesías, —«Postales» y «Al recibir tu retrato»—, del también librero Calixto Perlado, en *La Corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas* (1906), por él elaborada, solo porque le tomaba 400 ejemplares, en firme! [Carrère, 1927; Palenque, 2009: XVI].

Para Ortiz de Pinedo:

su nombre va unido a la aparición de nuestro modernismo literario. Puede afirmarse que él fue el introductor de la nueva generación y las nuevas modalidades. Sin capital, sin más tesoro que su voluntad y afán industrial, comenzó a editar libros y a crear reputaciones. Pudo enriquecerse como tantos otros editores y no quiso. Prefirió ser más amigo que judío, más Mecenaz que traficante [Ortiz de Pinedo, 1923].

Gregorio Pueyo no estaba ajeno al movimiento intelectual sudamericano. De hecho, se pueden ver en sus catálogos obras del nicaragüense Santiago Argüello, del ecuatoriano Luis Alberto de Borja, del dominicano Tulio Manuel Cestero, del peruano José Santos Chocano, del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, del uruguayo Álvaro Armando Vasseur («Américo Llanos»), etc. En revistas de esos países aparecían reseñas de libros por él editados, como igualmente aparecían reseñas de escritores de esas repúblicas en revistas españolas. En una carta que le dirige Francisco Villaespesa a Juan Ramón Jiménez le dice

que «hace más de dos meses, por conducto de Pueyo, te envié una remesa de revistas americanas y con ellas mis últimos libros» [Gullón, 1959]. Las relaciones entre el poeta de Laujar de Andarax y Pueyo debieron de ser muy fecundas, no solo por la pista que nos da el texto anterior y otros en los que se le menciona, sino también por los numerosos libros que Gregorio Pueyo le editó, sin olvidar las innumerables veces que Villaspesa haría de intermediario entre los escritores y poetas con los que se relacionaba. En una interesante carta de 1906, que el editor dirige a Juan Ramón Jiménez, quien se encuentra en Moguer, le dice en su final, antes de la despedida con deseos de «salud y prosperidad», que «tengo un libro de Montevideo para usted que se lo remitiré cuando usted me ordene».

Trabajador infatigable, para finalizar este apartado queremos transcribir el contenido de un raro membrete comercial, tras cuya lectura se intuye la actividad empresarial que latía en el interior de su establecimiento. En el encabezamiento, junto al nombre de Gregorio Pueyo, figura el de «Librería Española y Extranjera» e informaciones que nos aportan datos muy interesantes, tales como «suscripción a toda clase de obras y revistas», «exportación de libros y periódicos en grande y pequeña escala a todos los puntos del globo», «se gestionan y facilitan obras raras y agotadas mediante una módica comisión», «grandes existencias en años completos y números sueltos», seguido de un largo número de títulos. Transcribimos ya su contenido:

Muy Señor mío: Dedicándose esta su casa desde hace varios años a la venta y exportación de toda clase de obras, revistas y periódicos, tanto de España como del extranjero, y siendo su norma la rapidez en los envíos y la economía en los precios, me permito ofrecerle los servicios de la misma, por si en alguna ocasión le conviniera utilizarlos.

Las buenas y constantes relaciones que esta casa sostiene con las plazas más importantes de España, Europa y América, la proporcionan grandes facilidades para la adquisición y envío de cuantas obras antiguas y modernas le sean pedidas, aun de aquellas que son consideradas como verdaderamente raras o agotadas.

La gran variedad de títulos y cantidad de ejemplares que posee en sus almacenes, la permiten conceder buenos descuentos a sus clientes y darles todo género de facilidades para el pago de sus pedidos.

En espera de verme favorecido con sus gratas órdenes, se ofrece suyo afectísimo seguro servidor

Q. B. S. M.

Gregorio Pueyo

TESTIMONIOS DE MECENAZGO. SU RELACIÓN CON LA BOHEMIA

Desde la Antigüedad, la cuestión del mecenazgo con objetivos de difusión cultural ha tenido gran trascendencia, llegando, incluso, a ser objeto de puntuales estudios en seminarios *ad hoc*, siendo más frecuentes los trabajos que se centran en las Bellas Artes (arquitectura, escultura, música y pintura) que, en el campo de las letras, lo que se conoce por Humanidades. Cómo no traer a colación el ejercido por Cosme de Médici y sus sucesores en la Florencia renacentista o la sobradamente conocida tutela que el conde de Lemos tuvo con Cervantes, sufragándole algunas de sus ediciones. Es de resaltar el discurso de ingreso en la Real Academia Española pronunciado en 1943 por el Duque de Alba y cuyo tema, centrado en la aristocracia, fue el de los «mecenazgos ilustres» a lo largo de la Historia¹, en los que tanto tuvieron que ver los príncipes y los grandes señores, a los que acudían los poetas en busca de protección. Consultando las fuentes hemerográficas, constatamos la abundancia de ejemplos que guardan relación con el mundo del libro. Por citar un ejemplo, traemos la «Collecció Bernat Metge», colección en catalán de los clásicos griegos y latinos, creada bajo el patrocinio de Francesc Cambó, que ha cumplido ya más de cien años, ya que fue en 1922 cuando vio la luz su primer volumen.

¹ Accesible en https://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_de_ingreso_Jacobo_Fitz_James_Stuart_y_Falco_duque_de_Berwik_y_de_Alba.pdf

Ahora bien, como explica Svend Dahl, quien fuera director de la Biblioteca Real de Copenhague,

es difícil admitir que estos mecenas renacentistas del libro actuasen movidos por intereses exclusivamente idealistas. Igual que en su actitud ante las bellas artes, el interés que muestran por los libros se explica en una gran parte por la vanidad personal y como signo de poder... [Dahl, 1985: 89].

Un texto de Eduardo Zamacois relaciona, al igual que hicieron muchos otros, al editor con la bohemia:

Este acoso de que la bohemia literaria le hacía objeto, a la vez que desesperaba a Pueyo producíale un regocijo íntimo y selecto. Había leído a Mürger y el papel de Mecenas le halagaba. Su satisfacción provenía, en parte, de su orgullo. Gregorio Pueyo era vanidoso y pensaba en la posteridad; entre aquellos autores jóvenes habría algunos de verdadero talento que, más adelante, citándole en sus escritos, le hiciese inmortal [...] Hace nueve o diez años, cuando la forma poética estuvo a punto de extinguirse entre nosotros por falta de editores y por lo mal que los periódicos pagaban los versos, la mezquina librería de la calle Mesonero Romanos fue para los devotos de Apolo un refugio. Pueyo les acogía, y, aunque tacañamente, les ayudaba a seguir luchando. Allí, Villaespesa y los hermanos Machado, y más tarde Carrère, y Répide, publicaron sus primeras obras, las que les prepararon el camino del triunfo, y de este modo en la covacha siniestra y fría hubo un florecimiento [Zamacois, s.a. [¿1924?]: 277 y 280].

Pretendemos contestar ahora al interrogante: Gregorio Pueyo, editor, ¿mecenas de la bohemia literaria madrileña?, con el que hemos titulado este trabajo, cuyo protagonista fue un personaje célebre del Madrid de finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuyo nombre no era infrecuente ver en revistas y periódicos; tan abundantes pues, con distintas tendencias, proliferaban por la mañana, por la tarde y por la noche. Las características especiales de Pueyo, que sin duda lo fueron, llevaron a que muchos literatos le citaran en sus escritos, no siempre favorablemente, pues las chacotas no escasearon. Los testimonios so-

bre su labor empresarial y de mecenazgo abundan y son de personas que, además de ser coetáneas, tuvieron trato con él.

Es verdad, abundando en la idea de su labor empresarial y de mecenazgo, que hubo otros editores que también dieron oportunidad a la gente joven, y aquí habría que citar, entre otros, a Fernando Fe, quien había tratado a todos los literatos del fin de siglo, luego a los jóvenes de la nueva centuria que comenzaba, y cuya librería era el punto de cita de literatos, artistas y políticos; a Rodríguez Serra, repetidamente elogiado por abrir las puertas a los autores del modernismo; a M. Pérez Villavicencio y su «Biblioteca nueva de escritores españoles», cuya finalidad era promocionar la novela nacional, contrarrestando el aluvión de novelas extranjeras; o a la editorial Renacimiento, que con su Biblioteca tuvo un buen gesto con los nuevos literatos, y que contó con José Ruiz Castillo como director comercial y con Gregorio Martínez Sierra como director literario y asesor de publicaciones. Por cierto, es sobradamente conocido, y así ha sido repetido por los estudiosos del mundo editorial español, que Renacimiento fue la editorial que estableció el sistema de los adelantos mensuales fijos, que cubrían las necesidades de los autores a cuenta del diez por ciento establecido por sus derechos. La labor de mecenazgo de Pueyo no fue, en efecto, exclusiva pero, teniendo en cuenta la dimensión familiar de su negocio, al igual que sucedía con muchos otros editores, no podemos obviar que fue, sin lugar a dudas, uno de los más activos y laboriosos. Unos años después de su fallecimiento, sus herederos transformarían su librería y editorial en una sociedad anónima, en consonancia con la nueva orientación que iba tomando la industria editorial, por el incremento de la demanda a nivel nacional, sin echar el olvido el mercado suramericano. En efecto,

En Madrid había conocidas editoriales familiares como Calleja, Hernando o Bailly-Baillièrè. Todas ellas de origen familiar en el siglo XIX que acabaron adoptando forma de sociedades colectivas y más tarde anónimas. La mayor

parte de estas empresas familiares comenzando siendo librerías o imprentas que, poco a poco, consiguieron ampliar el negocio y dar luz a sus propias publicaciones, para capitalizarse bajo formas asociativas de mayor alcance en el siglo XX [Martínez Martín, 2009: 151].

La «Asociación de la Librería, de la Imprenta, del comercio de la Música, de los Fabricantes de papel y de todas las industrias y profesiones que concurren a la fabricación del libro y a la publicación de las obras de la Literatura, las Ciencias y las Artes» fue fundada en Madrid con fecha 5 de marzo de 1901. A partir de 1907 sería denominada, de forma abreviada, «Asociación de la Librería de España». Como apuntan Ana Martínez Rus y Raquel Sánchez García:

A principios del siglo XX la situación del negocio de la edición y de la librería en España manifestaba un panorama novedoso con respecto al siglo anterior que lo encaminaba a las modernas tendencias desarrolladas en Europa. Sin embargo, aún predominaban los pequeños negocios familiares, algunos de los cuales empezaban a transformarse en modernas empresas editoriales, que en pocos años aparecerían en forma de sociedades anónimas. Pese a todo, y en estos primeros momentos del siglo que nos ocupa, lo más frecuente era la figura del editor librero, no especializado en una de las dos funciones... El ejemplo europeo y, en particular, la fundación del Centro de la Propiedad Intelectual de Barcelona sirvieron de impulso para que un grupo de libreros y editores afincados en Madrid se decidieran a crear una sociedad para la defensa de sus intereses como empresarios [Martínez y Sánchez, 2001: 316 y 317].

¿Fue Gregorio Pueyo un mecenas, al ayudar al autor primerizo? Mecenas, según la Real Academia de la Lengua, es «persona que patrocina las letras o las artes». Patrocinar tiene muchos sinónimos, que podrían servir para subrayar la labor desarrollada por él; uno de ellos es el de financiar, pero, sin embargo, no nos imaginamos a Gregorio Pueyo financiando al nivel en que lo podría hacer, pongamos por caso, el editor coetáneo Lázaro Galdiano, amigo y protector de escritores españoles, fundador y director de «La España Moderna»,

editorial en la que vieron la luz más de seiscientos volúmenes, sobre todos los temas que interesaban a la cultura de su tiempo, divulgando autores tales como Theodor Mommsen, Hippolyte Taine, John Ruskin, Thomas Carlyle..., y para conseguir atraerse las primeras firmas del país, Lázaro Galdiano «estaba dispuesto a pagar una cantidad entonces excepcional por artículo, 75 pesetas; a rechazar la colaboración gratuita y, además, a pagar inmediatamente» [Pérez de la Dehesa, 1969: 219-220]. Este autor, profesor de la Universidad californiana de Berkeley, citaba en este artículo que venimos citando números ejemplos de mecenazgo, entre otros, el del vasco Fermín Herrán (1852-1908), quien fue, en determinado momento, mecenas de Pío Baroja y de Ramiro de Maeztu, o el de Rodríguez Serra, también protector de Pío Baroja –a raíz de su fallecimiento le escribiría una sentida necrológica– y de otros escritores como «Azorín», o, por mencionar, un caso singular, la ayuda económica que prestó Antonio Galiardo (y Armijo) a Eduardo Zamacois, ayuda que sirvió a este para sacar adelante su proyecto de *El Cuento Semanal*, revista que tantos imitadores tendría [Zamacois, 1964: 229-233]. Tras el suicidio de Galiardo en 1908, a los 30 años de edad, su viuda, la francesa Rita Segret, pleiteó con éxito con Zamacois, llevando a este a la creación en 1909 de una revista, *Los Contemporáneos*, que en nada difería de la de *El Cuento Semanal*, salvo su cabecera, y cuyo último número apareció en abril de 1926, siendo, por tanto, la más extensa de las colecciones de novela corta.

Es obvio que Pueyo fue, en todo caso, un mecenas de menor tamaño, pero, ateniéndonos a los testimonios de época escogidos, a que nos vamos a referir, no menos importante. Para Ortiz de Pinedo, quien le conoció en su chiscón:

A Pueyo no sólo se le pedía dinero como editor, sino que se le sacaba como a simple particular. Cada vez que un literato se acercaba a pedirle ya cinco duros, ya las tristes dos pesetas, Pueyo se escandalizaba, gruñía, vociferaba,

lanzando su eterna cantinela: -¡Imposible, imposible! No tengo dinero; no se vende un libro, no hay mercado, no hay ambiente, no hay quien lea, no hay quien compre... [Ortiz de Pinedo, 1923].

Ese gesto suyo fue destacado por sus contemporáneos. Felipe Sassone, que había recibido hasta mil pesetas del editor [Sassone, 1958: 319] por su novela *Vórtice de amor* (1908), dijo que

Gregorio Pueyo tenía una librería pequeña y oscura como una covacha, pero muy bien nutrida de obras novísimas, en la vieja calle de Mesonero Romanos, y allí acudíamos los principiantes que el buen don Gregorio procuraba allegarse, como mentor y protector de la juventud literaria [Sassone, 1958: 311].

El reverso estaría representado en esa escena de *Luces de bohemia* (1920) en la que, para Max Estrella, personaje ficticio que oculta a Alejandro Sawa, «Zaratustra», Gregorio Pueyo, es un bandido que se ha confabulado con don Latino para engañarle...

Insistiendo en el mecenazgo, el novelista, poeta y periodista Federico Navas se refiere a Pueyo como «gloria de editores a lo Mecenas» [Navas, 1914: 90]. Por el contrario, Felipe Sassone lo cataloga de «mecenazgo vergonzante» [Sassone, 1936: 49], y Augusto Martínez Olmedilla de «relativo Mecenas del hampa literaria madrileña» [Martínez Olmedilla, 1917]. Otro testimonio, el último, es el de Diego San José:

No pagaba mucho en la mayoría de los casos –me refiero a los noveles–, limitábase a costear la edición, y en otras era el propio autor quien anticipaba los gastos de la obra, sin contar los potentados, que daban dinero encima [...] Pueyo, que fue un hombre bueno y aun generoso con los aprendices de ingenio de principio de siglo, no pocos de los cuales le son deudores del favor que en la actualidad gozan del público, y casi todos los que naufragaron por falta de lastre intelectual el haber intentado ponerlo a flote por lo menos, no le agradecieron la merced [San José, 1952: 275 y 278].

En un reportaje sobre la bohemia, Andrés Guilmain nombra dos mecenas, Gregorio Pueyo y el novelista José María Matheu, cuyo piso, según cuenta el periodista,

fue visitado por todos los poetas hampones de aquella época, y raro era el día en que el caritativo escritor no recibía la solicitud de algún pedigüeno. Aunque su situación no debía ser muy holgada, pues vivía con bastante modestia, siempre tenía la mano pronta a tenderse para remediar el infortunio ajeno. Sus dádivas eran parvas –nunca excedían de dos pesetas– pero relativamente seguras [Guilmain, 1943: 8].

Gregorio Pueyo se adelantó a su tiempo, fue un visionario, apoyando al autor novel con tendencias modernistas y dando cabida en su catálogo a autores de distinto signo ideológico. Más de una vez, muchas veces, la rentabilidad económica, base de continuidad de cualquier empresa, no le acompañó. Cuando Rafael López de Haro publicó con Pueyo su primera novela, esta apenas se vendió:

La edición se apilaba en el antro; el público señor no me hizo el bien de caridad de desportillar aquella mole de papel, aquella pirámide tremenda, horrible mausoleo de todas mis esperanzas. ¡Tiempo perdido, dinero perdido! No me atrevía a parecer más por la cripta de Pueyo. Me tiraría a la cabeza los tomos invendibles... Pero él me llamó para decirme escuetamente:

–Escriba usted otra, y si tampoco la vendemos, otra. Con cada libro se elevará usted lo que alza el lomo del libro. Para que todos le vean es preciso que sus libros sean tantos que compongan una torre. Yo tengo fe en su trabajo. ¡Labore –este era su estribillo–, labore, que aquí estoy yo! [López de Haro, 1913].

Años después, Artemio Precioso, fundador y director de la colección *La Novela de Hoy*, le pediría a López de Haro un retrato y una autobiografía, «tres o cuatro cuartillas», y en ellas incide, volviendo a mencionarle, al que fuera su primer editor:

A Gregorio Pueyo le debo ser novelista. Pueyo editó mi primera novela (*En un lugar de la Mancha...*), que no le gustó al público ni ahora a mí. Apabullado por el fracaso, pensé no escribir ni una línea más; pero Gregorio Pueyo me alentaba. Porque él me lo rogó hice mis *Dominadoras*, y con el manuscrito debajo del brazo me presenté vergonzosamente en la librería. Aquella noche, en un rincón de un café de barrio, me pidió Pueyo que le leyese un capítulo y luego otro y, por fin, toda la novela. Amanecía cuando aquel modesto editor, a quien las letras españolas deben tanto, se incautó de mis cuartillas, diciéndome:

–Esto ya es otra cosa; esto se venderá.

Se vendió en menos de dos meses la primera edición. Desde entonces sigo haciendo novelas [López de Haro, 1923: 7-8].

Gregorio Pueyo ejerció también labores de distribución de libros editados por sus autores. Uno de estos fue el pontanés José de Siles. Emilio José Ocampos reproduce un artículo, extractado, de Emilio Carrere publicado en *Madrid Cómic* el 16 de febrero de 1911 y que, por su interés y venir muy a propósito, reproducimos:

José de Siles es autor de un libro titulado *El asesino de Lázara*. Todos los escritores que llegan al zaquizamí de quien lo editó², salen con un ejemplar de este libro y con la recomendación de que le den un bombo.

–Haga el favor de decir algo. Está casi íntegra la edición. ¡A ver si sale este «clavo»! «Clavo» en lenguaje editorial es el libro que no se vende nunca. De los clavos mayores que recuerdo, es un volumen titulado *Un cobarde* de D. Darío [sic] de Gádex, que tuve la incomodidad de tener en mi poder más de una semana. Harto de él, viendo que ningún amigo lo quería tomar prestado, una tarde de domingo lo dejé en un banco de Recoletos. Al pasar por el mismo sitio al día siguiente, tuve el gusto de volverle a ver como yo le había dejado. ¡Nadie quiso cargar con él! [Ocampos, 2023: 35-36].

² Este «zaquizamí de quien lo editó» es, evidentemente, la librería de la calle del Carmen que, con el nombre de «Librería Española y Extranjera», Gregorio Pueyo mantuvo abierta durante un corto período de tiempo, además de la emblemática dirección de Mesonero Romanos, 10.

Manuel Machado cuenta la anécdota, que nosotros adaptamos, sin entrecomillar, que presencié estando una noche con Pueyo y Villaespesa en un café, cuando un joven se presentó ante él con unos versos que acababa de escribir [Machado, 1942: 3]. ¿Serán poesías modernistas...?, indagó el editor. No, respondió el joven. ¿Estarán escritas en versos alejandrinos...?, insistió Pueyo. No, no, confesó el aspirante a poeta. Pues lo siento mucho, pero su libro no me interesa, al tiempo que le devolvía el manuscrito. Finaliza la anécdota cuando el joven le pide disculpas a Pueyo por haberle interrumpido y, a punto de salir a la calle, este le recuerda que no se olvide de cultivar el alejandrino. José Machado se refiere también a esa anécdota y a Gregorio Pueyo, aunque sin dar su nombre:

Digamos en loor de los editores de aquel tiempo algo nada edificante para ellos. Singularmente de uno que era de los más proteccionistas (digámoslo así) del Modernismo, que perdiendo ya la cabeza, llegó a ofrecer a Darío por el lote, así debió considerarlo, de tres de sus libros titulados *Azul*, *Prosas profanas* (1896) y *Rimas* la exorbitante suma de iquinientas pesetas! Inaudito, ¿verdad? Y se trataba, como ya he dicho, de uno de los más entusiastas propagandistas –en el sentido editorial– del Modernismo [Machado, 1971: 37].

Enlazando con este asunto crematístico, traemos el ejemplo de *El caballero de la muerte* (1909), poemas de juventud de Emilio Carrère, que contribuyeron a definir su personalidad lírica, y lo traemos por la razón de que se conoce, si es cierta la información facilitada por Alberto Valero Martín, que ¡Pueyo le pagó por ellos once duros! [Valero, 1930]. Por su parte, según cuenta Diego San José, por su segundo libro de versos, *Hidalgos y plebeyos* (1912), el editor le dio cien pesetas, «pero no de una vez, porque –le dijo–, me gusta alentar las justas ilusiones de la gente joven, pero no mantenerles los vicios» [San José, 1952: 277]. Se conoce también que a Fernando Mora, por una novela, no sabemos por cuál de las cuatro que Pueyo le editó, se le pagaron doce duros [Buil, 2014]. Así lo cuenta el escritor del Puente de Vallecas:

De no corroernos la necesidad, le hubiéramos pegado, pero como la necesidad nos empujaba tomábamos las 60 pesetas y a poco veíamos el libro de nuestro amor en los escaparates. Era tacaño, pero era bueno; pagaba poco, pero pagaba. No de todos los editores se puede decir lo mismo [Mora, 1917].

Fernando Mora publicó en 1910 y en su Biblioteca Hispano-Americana, *Nieve. Cuentos naturalistas*. Uno de estos cuentos llevaba por título «Los bohemios», amena narración que tiene como protagonistas a tres bohemios, que son descritos así por Mora:

Américo del Solar, Pero Pérez y Aníbal Carrascosa eran tres genios de la literatura que, cegados por el brillo de la gloria, vinieron a la corte sin más caudal que sus ambiciones artísticas ni más horizonte que sus sueños. La vieja ciudad les recibió, más que como madre, como madrastra; y sin haber gustado ni un efímero triunfo, sufrieron hambre y sed de justicia; y lo peor fue que sus almas nobles, capaces de comulgar en las más sagradas idealidades, se enfangaron en la mentira y la calumnia. Falsearon las más nobles verdades, quemaron incienso ante los prodigios, por acéfalos que estos fueren; calumniaron y envilecieron a quienes no les favoreció y, en fin, perdieron en la lucha por la comida, la dignidad [Mora, 1910: 109].

Al describir Mora a uno de ellos, el de más talento, que atiende por el nombre de Aníbal Carrascosa, no podemos dejar de pensar en Alejandro Sawa, considerado el «rey de los bohemios». Escribe Mora:

Su pluma, bien cortada, hizo crónica bella y cuento interesante; llegó hasta una redacción, con buen sueldo y trato, pero su espíritu aventurero, un poco soñador, le hizo perder la noción de las distancias, y no sólo desobedeció a sus directores, sino que llegó a injuriarles; por pequeñas faltas se le tasaron estas salidas de tonos, pero tanto se repitieron, que de todos los sitios se le arrojó y en todas las hojas dejaron de verse sus galanos escritos [Mora, 1910: 117].

Señalaba Emilio Carrère en el prólogo a *La confesión* (1914), de Gonzalo Seijas:

El librero es el enemigo del escritor. El librero es más tiránico que el editor; se guarda por lo menos el cincuenta por ciento de lo que el público paga, sin más trabajo que abrir su covacha, calarse su gorro y encender su pipa. El librero es un vampiro que se come el cerebro de los hombres, es una alimaña cuyo examen ha olvidado la zootomía. Generalmente pagan a tres reales los libros nuevos que marcan tres pesetas y es tal vez por esta demasía por lo que les crece tanto las uñas. Aunque siempre andan entre libros, es ignorante, y sin saber leer comen de los libros, milagro que no realizan los que los escriben. Amasan dinero y tienen la grosería del dinero [...] El único librero de corazón era Gregorio Pueyo, el precursor, el único que hacía libros de gente joven; cuando en Madrid sólo se hacían ediciones de Núñez de Arce y de la Pardo Bazán. Tenía gestos dignos del romance. Además de librero era un hombre... y murió [Seijas, 1914: 14-15].

Otro de los bohemios descritos en esta novela, Américo del Solar, menciona a Gregorio Pueyo, aquí transmutado en Argüeyo: «Ese animal de Argüeyo no quiere mi original, dice el muy ganso que es todo él, refritos...» [Mora, 1910: 117].

En ese apoyo al autor novel, haciendo de tabla de salvación, unas veces acertó y otras se equivocó. Con una perspectiva de época, viendo por orden alfabético los nombres de los autores de su catálogo que, con el paso de tiempo, triunfaron y llegaron a codearse con la fama, se constata que esa afirmación no es un brindis al sol.

Para Eduardo Zamacois,

la bohemia no se halla vinculada inexorablemente a la pobreza. Hay muchos ricos de instintos bohemios y muchos pelagatos con alma de burgués. El bohemio artista «nace» y sus rasgos temperamentales mejor acusados son: la improvisación y un culto desbordado a la belleza. Los bohemios son orgullosos, ególatras, díscolos. Lo rebañego les molesta y porque gustan del fausto, la miseria los oprime, protestan de ella derrochando en un día el dinero que acaso les permitiese vivir un mes. Los artistas no hacen números. Se creen ricos. La previsión, la voluntad del ahorro, «el miedo al mañana», son fantasmas extraños a su naturaleza. Luego tropiezan con la realidad triste, y ella les dice que necesitan comer y dormir bajo techado, y para conseguirlo sin apartarse de la ruta que siguen, recurren a estrategias,

casi siempre donosas, y con su gran ingenio alivian los sufrimientos de su penuria. Nada les abate; su convicción de triunfar algún día nutre su optimismo, y con el descalabro que haría llorar a cualquier «hombre serio», ellos –los comparsas de la eterna estudiantina de la Esperanza– fabrican una pajarita de papel [Zamacois, 1936: 60].

CONCLUSIONES

Como en algún momento manifestara Valle-Inclán, el mecenazgo no consistía en repartir socorros ni en dar limosnas, porque para subsidiar la incapacidad y la invalidez estaba la Beneficencia (*Ahora*, Madrid, 20 abril 1932). Gregorio Pueyo fue un digno empresario del mundo editorial de comienzos del siglo XX, que, con mayor o menor fortuna, dio una oportunidad a un buen número de poetas y escritores noveles llegados a la capital desde los lugares más dispares de España, abriéndoles una puerta en un momento en el que tantas eran inaccesibles, y arriesgándose a perder dinero en sus comienzos, presintiendo su valía. Hemos dejado señalados numerosos testimonios. Su labor de mecenazgo fue indiscutible, como no deja de destacarse también en las escasas necrológicas que se sucedieron tras su fallecimiento. Su laborioso trabajo había terminado cargando sus espaldas en exceso, tras años de luchar por hacerse también un hueco en Madrid, la ciudad que marcó gran parte de su existencia, cuya Puerta del Sol no alcanzó a conquistar, aunque sí sus herederos, años después, en 1935.

Como contribución a la reflexión sobre el entretejido que conforma el mundo editorial, pretendimos incidir en la faceta de «tutela», que hemos entrecomillado, por todos los matices a que pudiera dar lugar, ejercida por un señalado editor de la España de la Restauración, Gregorio Pueyo, cuyos tratos con la bohemia y con los poetas modernistas tantos sobresaltos le produjeron.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (1908): «Las librerías de viejo», ¡Alegría!, Madrid, 22-IV.
- BOTREL, Jean François (1988): *La Diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*. *Les Libraires*, Madrid, Casa de Velázquez.
- BUIL PUEYO, Miguel Ángel (2014): *Fernando Mora, una estampa castiza en la Edad de Plata*, pról. J. Barreiro, Aranjuez (Madrid), Doce Calles.
- ____ (2010): *Gregorio Pueyo (1860-1913). Librero y editor*, pról. A. Correa Ramón, Madrid, CSIC/Instituto de Estudios Madrileños/Doce Calles.
- CARRÈRE, Emilio (1927): «La bohemia picaresca», *La Libertad*, Madrid, 19-V. <https://www.bne.es/es/catalogos/hemeroteca-digital> [22-09-2023].
- DAHL, Svend (1985): *Historia del libro*, Madrid, Alianza Editorial.
- DOTOR, Ángel (1929): *Mirador. Las letras y el arte contemporáneo (1924-1929)*, Madrid, Imprenta Artística de Sáez Hermanos.
- ESCOLAR, Hipólito (1984): *Editores madrileños a principios de siglo*, Madrid, Artes Gráficas Municipales.
- GÓMEZ DE BAQUERO, E. (1926): «Folletones de “El Sol”. La prosa periodística y el ensayo», *El Sol*, Madrid, 28-VII.
- GUILMAIN, Andrés (1943): «La bohemia literaria y sus profesionales», *Domingo. Semanario nacional*, Madrid, 14-XI.
- GULLÓN, Ricardo (1959): «Relaciones literarias entre Juan Ramón y Villaespesa», *Ínsula*, Madrid, 15-IV.
- LÓPEZ DE HARO, Rafael (1923): *Los ojos verdes de Otilia*, «La Novela de Hoy», Madrid, 38: 2-II.
- ____ (1913): «Gregorio Pueyo», *El Liberal*, Madrid, 17-III. <https://www.bne.es/es/catalogos/hemeroteca-digital> [22-09-2023].
- MACHADO, José (1971): *Últimas Soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)*, Soria, Imprenta Provincial.
- MACHADO, Manuel (1942): «La prehistoria editorial del “Modernismo”», *Arriba*, Madrid, 19-II.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (2009): *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- MARTÍNEZ OLMEDILLA, Augusto (1917): «El libro de la semana. *Floración*, por Rafael López de Haro», *Los Contemporáneos*, Madrid, 2-III.
- MARTÍNEZ RUS, Ana, y SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2001): «Orígenes y evolución de la Cámara Oficial del Libro de Madrid», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, Tomo XLI.

- MOLINA NAVARRO, Gabriel (1924): *Libreros y editores de Madrid durante cincuenta años (1874-1924)*, Madrid, Estanislao Maestre Herrera.
- MORA, Fernando (1917): «Del Madrid pintoresco. El “tupi” mata al clásico café», *El Mundo*, Madrid, 23-VII.
- ____ (1910): *Nieve (Cuentos naturalistas)*, Madrid, Librería de Pueyo.
- NAVAS, Federico (1914): *Los ejemplos del amor (Primera Serie)*, Madrid, Imp. Artística de Sáez Hermanos.
- OCAMPOS PALOMAR, Emilio José (2023): «Estudio introductorio», *Poemas y cuentos de la bohemia*, J. DE SILES (Córdoba, UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba).
- ORTIZ DE PINEDO, José (1923): *De mi vida y milagros*, Madrid, La Novela Corta, 415: 17-XI.
- PALENQUE, Marta (ed.) (2009): *La corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas*. Ensayo preliminar de M. Palenque. Ed. facs. de la imprenta por la Librería de Pueyo en 1906, Sevilla, Renacimiento.
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael (1969): «Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo», *Revista de Occidente*, 71: 217-238.
- RÉPIDE, Pedro de (1908): *Noche perdida*, Madrid, El Cuento Semanal, 88: 4-IX.
- SAN JOSÉ, Diego (2018): *Memorias de un «gato». Itinerario de una vida apacible que pudo ser trágica*. Intr. M. Ángel Buil Pueyo, Sevilla, Renacimiento («Biblioteca de la Memoria»).
- ____ (1952): *Gente de ayer. Retablillo literario de los comienzos del siglo*, Madrid, Instituto Editorial Reus.
- SASSONE, Felipe (1958): *La rueda de mi fortuna (Memorias)*, Madrid, Aguilar.
- ____ (1936): «Recuerdo y despedida. Francisco Villaespesa», *Blanco y Negro*, Madrid, 26-IV.
- SEIJAS, Gonzalo (1914): *La confesión*, Madrid, Imp. Artística de Sáez Hermanos.
- VALERO MARTÍN, Alberto (1930): «Don Francisco de Quevedo y los mercados de antaño y hogaño», *La Nación*, Madrid, 8-I. <https://www.bne.es/es/catalogos/hemeroteca-digital> [22-09-2023].
- ZAMACOIS, Eduardo (1964): *Un hombre que se va... (Memorias)*, Barcelona, Editorial AHR.
- ____ (1936): *Tipos de café. Siluetas contemporáneas*, Madrid, Imprenta de Galo Sáez.
- ____ (s.a. [¿1924?]): *Años de miseria y de risa. Escenas de una vida en que sólo hubo erratas*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, segunda edición.

